

le abrió mas y mas la herida que empezó á brotar en mayor abundancia la sangre.

Entonces se sintió desfallecer.

Se encontraba ya á pocas varas del objeto que habia visto caer: fijó desde allí su amortiguada vista, y reconoció que era un cuaderno.

Un secreto presentimiento le decia que en aquel cuaderno se encerraban secretos importantes.

Esta conviccion le hizo cobrar nuevo vigor: hizo un extraordinario empuje, y llegó hasta donde estaba el papel.

La luz del placer iluminó sus ojos, cogió el cuaderno con débil mano y fijó la vista en él.

De repente sintió que se le helaba el corazón; que la sangre le faltaba, y que el velo de la muerte empañaba su vista.

—¡Morir....! ¡morir....! —murmuró— cuando en este papel tal vez....

No pudo concluir: sintió que las fuerzas le abandonaban: guardó el cuaderno dentro del pecho, y quedó sin movimiento.

CAPITULO VI.

El Cabrío.

Leopoldo pasó una noche inquietísima, ocupado en adivinar el motivo que podia haber obligado á D. Emilio á que su hermana y Clotilde no concurriesen al baile.

Temia las tramas de Duval, y estaba sobresaltado, sin poder conciliar el sueño por mas esfuerzos que hacia para conseguirlo.

El corazón del que ama está siempre despierto para llorar sus penas si es desgraciado, y acariciar sus favores si es venturoso.

Su sueño es como el del febricitante; inquieto y cercado de mil fantasmas, ya ri-

sueños ó aterradores, segun el estado mas ó menos impresionado de la fantasía.

Anhelante de conocer la causa que le habia robado la felicidad de respirar al lado de su amada las preciosas horas del baile, que él habia esperado como el supremo bien de la vida, y receloso su corazon por el pensamiento de un rival temible, se levantó de su lecho no bien penetró la primera luz del sol por las ventanas de su cuarto.

Aun no habia acabado de vestirse, cuando escuchó la voz del criado que preguntaba si podia pasar.

—Sí; entra.

La puerta se abrió dando entrada al mozo.

—¿Qué se te ofrece?

Dijo Leopoldo viéndole llegar.

—Darle á su merced esta tarjeta, que anoche trajeron para su merced.

—¿Y por qué no me la diste entonces?

—Porque la recibí cuando su merced estaba ya acostado.

—Dámela.

—Aquí está.

—Bien.

—¿No se le ofrece nada á su merced?

—Nada; puedes irte.

—Está muy bien, señor amo.

Y el mozo salió cerrando la puerta.

Leopoldo, que habia cogido maquinalmente la tarjeta, al verse solo, se puso á leerla, y vió que contenia el nombre de Emilio Landeta, y que estaban dobladas las puntas en los dos lados opuestos, lo que equivalia á decirle: "*necesito ver á vd. pronto; buscadme en mi casa.*"

Un vuelco dióle el corazon en el pecho.

—¿Sin duda quiere hablarme de Clotilde, y va á exigir de mí un sacrificio!—Exclamó aterrado.—Sí; esta entrevista que solicita, no puede reconocer otra causa.... ¿Para qué puede llamarme á su casa sino para quitarme toda esperanza....? El no haberla permitido ir al baile.... el marchar acompañado de Duval cuando ellas salian... todo, todo me hace creer que se acerca el momento de mi desgracia....!

Y Leopoldo quedó abatido con aquella idea.

Amaba de veras; amaba con todo su corazón al objeto que divinizaba; había acariciado toda su vida la esperanza de unirse al ángel cuya sola memoria embellecía cuanto le rodeaba, y temía perder en un día, en una hora, en un solo instante cuanto le hacía amable la existencia y embalsamaba sus padecimientos.

Había creído que el hombre, en el desierto arenal del mundo, podía ser tan feliz como los bienaventurados.

El cielo le había concedido la dicha de tener un Dios á quien adorar y una mujer á quien amar; y estos dos seres llenaban de una gloria superabundante su noble corazón.

Adoraba á Dios, y amaba con todas sus potencias á la mujer que ese mismo Dios, todo amor y compasión, había colocado en el camino de su vida para conducirlo por la senda de la felicidad, á otro mundo de inagotable ventura.

Leopoldo acabó de vestirse mientras bullían en su mente todos estos pensamientos.

Luego, tomando una resolución irrevocable, dijo.

—Iré primero al Cabrío, y hablaré con ella: sabré lo que se prepara contra mí, y veré de qué manera se puede conjurar la tempestad, si, en efecto, se trata de separarme de Clotilde.

Alentado con esta idea, en vez de dirigirse á la casa de D. Emilio, tomó el camino del Cabrío.

Pero mientras él marcha acompañado de sus temores y sus esperanzas al sitio en que espera ver al sér que lleva dentro de su corazón, digamos algo con respecto á este punto en que tienen lugar los primeros acontecimientos de nuestra historia.

San Angel es una de las poblaciones más risueñas y pintorescas que rodean á la hermosa emperatriz de las ciudades del Nuevo-Mundo, á la antigua Tenochtitlan, ciudad potente de los emperadores aztecas.

Bajo los piés de ese poético pueblecillo,

cercado por todas partes de árboles, cuyas casas blanquean como otros tantos nidos de palomas entre las verdes ramas de un frondoso bosque, se extiende como una inmensa alfombra de flores, la más brillante campiña, cubierta de verdura y delicadas frutas, cuyos encantos preludian en deliciosos tonos los límpidos arroyos que cruzan en todas direcciones. Su limpio cielo es un sôlio de zafiro: su perfumado ambiente, el que aspiraban los dioses del Olimpo; su temperatura suave y apacible como las templadas auras del Paraíso, y el sol que dora sus montañas, limpio y brillante como el fulgente globo de oro y perlas.

A este delicioso sitio, recinto que engalanó la pródiga naturaleza con sus más preciosos dones, acuden en los ardientes meses de Junio, Julio y Agosto, las principales familias de la capital, que buscan en las deliciosas huertas y fértiles campiñas de San Angel, grato solaz y dalcísima alegría.

Los sábados, á la magestuosa caída del sol, tan bella en la region de América; cuando se oculta el astro de la luz en una osci-

lante tumba de matizadas nubes, vestidas con los mil colores de sus moribundos rayos, los comerciantes, los empleados, los propietarios, y todos aquellos, en fin, que por sus precisas ocupaciones no pueden abandonar en el resto de la semana la capital, salen en sus carruajes y en los ómnibus de la línea, á visitar á sus encantadoras hijas, esposas y hermanas, que les esperan con la impaciencia conque el tierno amante espera la vuelta del ídolo de su amor.

Ya hemos asistido al animado baile que tiene lugar todos los domingos por la noche.

Ya ha visto el lector en ese sitio de encanto y de placer á la fina sociedad mexicana, instruida, amable y deferente: ya ha visto á las bellas hijas de este fértil suelo, de amena conversacion, de claro talento, lucir en el baile su diminuto pié y sus esbeltos cuerpos, flexibles como las palmeras que sombrean las fértiles llanuras del Anáhuac: á los elegantes jóvenes de corteses modales, de cuyos labios jamas sale una palabra disonante que repugne la decencia; obsequiosos con el sexo encantador, pero

sin traspasar jamas los límites del respeto y del decoro, indicando de esta suerte, la alta idea que tenemos formada de la mujer á quien nos dirijimos, y del verdadero aprecio que la consagramos, y que la juventud mexicana observa religiosamente en todas las clases de la fina sociedad.

Seria yo un ingrato si no confesase estas bellas cualidades que adornan á los hijos de este delicioso suelo, cuando tan de cerca he tocado sus agradables efectos.

No cabe en mi carácter vizcaino, y sobre todo, español, tamaña ingratitud, y debo hacer justicia á una sociedad de quien he recibido siempre distinciones señaladas.

Las deliciosas mañanas, pero muy particularmente la del lunes, están destinadas á dar un paseo al pintoresco Cabrio hácia donde hemos dejado caminando á Leopoldo.

Ved ese numeroso concurso de lindísimas jóvenes, cabalgando sobre humildes y mansísimos pollinos

En sus negros ojos brilla la pureza; en sus hechiceros rostros la alegría mas sencill-

lla, y en sus dulces palabras su esmerada educacion.

No van envueltas ahora en los costosos trajes que ostentaban en el baile.

Al lujo de los salones, ha sustituido la sencillez de los campos.

Anoche eran brillantes estrellas que cautivaban deslumbrando: ahora son cándidas flores que cautivan sin abrasar.

Blancos y vaporosos vestidos de finísima muselina velan sus delicados talles.

Saben muy bien que la limpieza y el aseo son en el bello sexo como los polos de la hermosura, y todo en ellas es puro y cándido como la nieve de los volcanes.

En medio de ellas, pero ocultando en un exterior placentero el temor y la inquietud, se ve á la hermosa Clotilde al lado de su linda protectora.

No lleva ahora ni corona de flores blancas, ni cinta punzó. Solo adorna su pecho un boton de rosa con espinas y hojas, que mira de vez en cuando con profunda melancolía.

Junto á ella va tambien el lirio del Anáhuac, la simpática Luz, obsequiada por el galante Rafael y devorada por los ojos del doctor Willey, que va haciendo esfuerzos inauditos para ocultar la ira de los zelos.

Los elegantes jóvenes marchan alegres al lado de sus lindas compañeras, caballeros tambien sobre pacíficos asnos.

Era una deliciosa cabalgata campestre.

Las hechiceras mexicanas, respirando juventud y alegría, envueltas en finísimos trajes, mas blancos que el ampo y que el rocío; recogido en gracioso peinado su ondulado y negro cabello, semi-oculto bajo preciosos sombreritos que velaban sus seductoras cabezas; sonriendo con la dulzura de la brisa de los campos, y aéreas y vaporosas en sus delicados movimientos, parecian una bellísima tropa de vagarosas ninfas, de misteriosas Napeas que recorrian los bosques y las florestas.

El contento era general.

Los dichos agudos y los epigramas de buea género amenizan la animada conver-

sacion, y hace mas corto el breve trecho que hay al delicioso Cabrío.

Solo Clotilde y el doctor no participaban del comun regocijo.

Willey, dominado por los zelos camina silencioso, abrazando mil ideas á cual mas terribles para vencer á Luz y perder á Rafael, de quien se finge sincero y leal amigo. La amistad de este hombre se parecia en sus efectos á esos bellos árboles que se encuentran en América, que convidan con su abundante sombra, y que matan al confiado viajero que, halagado por la grata frescura que le brinda con su verde y extendido ramaje, busca su amparo á los rayos de un sol canicular.

El pensamiento de la jóven, por el contrario, está muy lejos del círculo de las personas que le rodean: su cuerpo está entre ellas, es cierto, pero su alma ardiente y cariñosa vuela hácia el objeto de su amor, como exhala amorosa la delicada flor su regalado perfume al astro que le vivifica, mientras ella se ve precisada á permanecer sujeta al tallo en que ha nacido: sus hojas son

de la tierra y por eso permanecen en ellas; pero su aroma es de Dios, y por lo mismo se eleva suave hasta su trono.

—¿Quién pone á prueba la ligereza de su pacífica cabalgadura con la mia?

Dijo á sus compañeras una linda, simpática y pizpereta jóven que entretenia á la concurrencia con su amena conversacion.

—Yo.

—Yo.

—Y nosotras.

Contestaron todas.

—¡Bravo, bravo....!—exclamaron los del otro sexo:—vamos á ver esta carrera de burros, conduciendo ángeles encima; nosotros iremos por detras por si algun pollino tiene la descortesía de dejar caer su bellísima carga.

Y las bellas, á una voz, echaron á correr seguidas de los jóvenes, dando alegres gritos.

Luz, el doctor y Rafael, fueron los únicos que no tomaron parte en aquella apuesta, y que por lo mismo se quedaron atrás, entretenidos los dos amantes en dirigirse pa-

labras de cariño, y el doctor preocupado con ideas de venganza.

—Muy callado viene vd. hoy, señor Willey.

Dijo Rafael, viendo que no tomaba parte en la conversacion.

—Es que no queria incurrir en la nota de imprudente, interrumpiendo el interesante diálogo de vdes.

—Espero que ya le habrá dicho á vd. anoche Lucecita, que estoy en vísperas de conseguir que le alcen el destierro á su papá.

—No.... nada me habia dicho.

Contestó el doctor con extrañeza y fijando la vista en Luz, que se puso pálida.

—¡Cómo!—añadió Rafael, dirijiéndose á su amada—¿pues no me aseguraste....

—Es verdad.... creí habérselo dicho, porque esa era mi intencion; pero seguramente se me olvidó con la música y el baile....

—Pues es un olvido que ha retardado mi felicidad:—dijo Willey con hipócrita sentimiento.—Sabe vd. lo mucho que me intereso por su pronto regreso, puesto que él

póndrá término á ese plazo fatal que la hermosa Luz ha puesto para unirse con el mejor de mis amigos.

—Mil gracias, compañero.

Contestó Rafael apretándole la mano con el mas profundo reconocimiento, mientras que la jóven lamentaba interiormente que su amante hubiese comunicado á aquel falso amigo lo que tanto le interesaba ocultarle. Ella estaba persuadida de que aquel hombre era un intrigante temible, y temia que destruyera con nuevas maquinaciones todo lo que su amante habia conseguido á fuerza de tiempo, constancia y empeños. En su concepto, el doctor habia influido en el destierro de su padre para poner travas á su enlace, y era imposible que al saber su próxima libertad, no pusiese en juego nuevas intrigas para nulificar los pasos dados por Rafael.

¿Por qué, dirá el lector, no comunicaba la hermosa Luz á su amante estos temores, y le ponía al corriente de cuanto le acontecia con Willey?

Parece á primera vista que este paso la

hubiera salvado de todas sus asechanzas; pero no lo creia ella así: el doctor estaba en relaciones íntimas con lo mas exaltado del partido que dominaba; le habia amenazado con que la vida de su padre, y aun la de su amante, terminarian tan pronto como advirtiese en la amistad de Rafael el mas ligero cambio, la mas insignificante accion de desconfianza y de reserva: conocia á fondo el pérfido corazón de Willey; estaba convencida de que llevaria á cabo su venganza á la menor señal, á la menor palabra que despertase sus sospechas, y esto la tenia supeditada á aquel hombre, cuya sola presencia le horrorizaba, y al que, sin embargo, estaba precisada á tratar con deferencia y amabilidad.

La cabalgata llegó por fin al pintoresco Cabrio, y todos descendieron de sus mansos pollinos para sentarse debajo de los verdes y copudos árboles en que se esconden una preciosa casita, como una fatigada y cansada gacela entre la verde espesura que le brinda una sombra protectora.

Luego se dirigieron á tomar la sabrosa

leche, y cada cual buscó la compañía de aquella persona cuya conversacion mas le cautivaba.

Solo Clotilde no encuentra otro sér que mas le comprenda que su benévola protectora.

Mira por todas partes y no encuentra al objeto de su amor.

¡Cosa extraña....! ¡es la vez primera que no concurre á ese paseo....!

La infeliz pierde el color y se siente desfallecer.

—¿Y qué se habrá hecho de Leopoldo?— Exclamó en aquel momento uno de los jóvenes:—nunca ha faltado á este paseo, y extraño mucho su ausencia.

Clotilde se estremeció al escuchar el nombre de su amante.

—Tendria que concluir algun cuadro—añadió otro—y se habrá marchado á México.

—Eso debe ser—repuso un tercero—porque anoche le ví muy triste en el baile y se salió sin bailar con nadie.

Clotilde sintió que se le oprimia el cora-

zon: las lágrimas asomaron á sus ojos, y exclamó para sí con la mayor tristeza.

—¡Marchar sin haberme visto primero...!

—Pues yo creo—añadió Rafael—que anda por esos floridos bosques copiando alguna bella vista del natural, porque le ví salir de su casa esta mañana con direccion á este sitio.

La alegría volvió al corazón de Clotilde, y latió con violencia su corazón.

—¿Estás seguro de que era él?

Le preguntó uno de los interlocutores.

—Segurísimo; y en prueba de que es así, míralo, allí viene.

Dijo señalando á Leopoldo que osomaba á la entrada del bosque, y que se dirigia hácia ellos.

Lo que sintió la jóven en aquel momento no es dable poderlo expresar al idioma humano.

El simpático pintor saludó cortesmente á la concurrencia, y despues dirigió una mirada tierna á Clotilde; fijó sus ojos en el boton de rosa con espinas y hojas, y palideció.

¿Qué habia leído en él?... Habia leído

el prólogo de terribles desgracias para un amante que ama con todo el corazón.

Aquel botón con espinas y hojas le decía estas palabras: "*temo, pero espero.*"

Leopoldo comprendió lo que había pasado la noche anterior, y tembló por su suerte.

Affigido con el obstáculo que se presentaba á su paso, sacó tristemente, como para limpiarse el sudor, un pañuelo azul y caña, que equivalía á decirle: "*acuérdate de mí, no me olvides.*" Y Clotilde, dejando ver en sus ojos la expresión del amor más firme, sacó el suyo tornasolado en que le contaba: "*te amaré aun en el sepulcro.*"

El corazón del joven pintor se sintió bañado por un celestial deleite que embalsamaba con su suave esencia la profunda herida que había abierto en lo más delicado de su alma el infero temor.

La hermosa campiña que pocos momentos antes se presentaba á sus ojos triste, árida y cubierta de abrojos, ahora la contempla risueña, alegre, engalanada de aromáticas plantas y de flores que perfuman

con su delicioso aroma el ambiente que respira.

Esta es la vida del que ama. Subir de un mundo de tormentos y de inquietudes, donde cada lijera duda es un fantasma que gira á nuestro derredor señalándonos con su dedo las debilidades de la humanidad, á un despejado cielo de goces sin término, donde todo es luz y armonía, para volver á caer de repente al antro oscuro de las sospechas, donde los zelos desgarran despiadados nuestro pecho.

El amor es una balsámica flor colocada por Dios en el desierto arenal de la vida. Sus celestiales y pintadas hojas, su delicado aroma, y su seductora belleza, son los deleites inefables del alma correspondida, los juramentos dulcísimos de amor, las caricias y los besos que embriagan con el exceso de la felicidad. Las espinas de que está rodeada esa flor, son los temores, la desconfianza, el desden del objeto amado, los tiranos zelos que emponzoñan y hieren la existencia del amante.

El amor es esa alternativa de placer y